

REVISIÓN Y REVOLUCIÓN
RUPTURAS Y CONTINUIDADES
EN LA HISTORIA Y EN LA HISTORIOGRAFÍA¹

Yo me estoy quieta, es el tiempo el que me mueve.

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE, *Fausto*

La aproximación del bicentenario de la independencia ha desatado, como era previsible, una nueva oleada de estudios sobre la crisis del imperio colonial español y la emergencia de los nuevos estados nacionales. Historiadores de los distintos países de la región se proponen hoy volver sobre ese capítulo central de la historia contemporánea latinoamericana y, desde muy diversas perspectivas y enfoques, revisar aquellos saberes establecidos en este campo. Sin embargo, qué es aquello que se proponen revisar, no resulta siempre del todo claro.

¹ A propósito de Manuel CHUST y José Antonio SERRANO (eds.), *Debatés sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid, Iberoamericana Frankfurt am Main, AHILA-Iberoamericana-Vervuert, «Estudios AHILA de historia latinoamericana, 3», 2007, 340 pp.

En efecto, si por eso entendemos el desmantelamiento de los relatos convencionales de la nacionalidad, las visiones épicas de naciones largamente oprimidas que vienen finalmente a recuperar el derecho al autogobierno que les corresponde como tales, el aporte sería, en realidad, escasamente novedoso. Ya en la década de 1960 una larga serie de estudios, impulsada por la difusión del pensamiento marxista y la historia social, pero también por la creciente presencia en el campo de historiadores extranjeros, habían logrado desestabilizar los relatos maniqueos (aunque, es cierto, sin erradicarlos completamente del ámbito académico), incorporando matices y precisiones que pondrían en cuestión la entidad misma de los estados nacionales surgidos de la ruptura con España.

Debates sobre la independencia iberoamericana representa un aporte fundamental para aclarar el punto. En su recorrido por los distintos países y etapas por las que atravesó la historiografía sobre la independencia nos diseña un cuadro, si bien inevitablemente parcial, sí lo suficiente sistemático del estado actual de la cuestión, es decir, de cuáles son las bases de las que parten los intentos presentes de revisión historiográfica, permitiendo así precisar sus contribuciones.

La emergencia del revisionismo histórico

Si bien los intentos de generalización resultan siempre problemáticos, dada la tendencia a la fragmentación de las tradiciones historiográficas nacionales y la diversidad de escuelas y orientaciones, es posible detectar ciertas tendencias más generales que orientaron la investigación histórica en las distintas etapas. Para hallarlas, sin embargo, habría que

traspasar el nivel de sus contenidos. Como señala uno de los autores incluidos en este volumen, João Paulo Pimenta, más que consensos, las mismas cabe rastrearlas en el plano de los “presupuestos de análisis” (p. 146).

En lo que hace a la primera ola de estudios revisionistas iniciada en los años sesenta, Manuel Chust y José Antonio Serrano detectan cinco vertientes por las cuales ésta se desplegaría. Según señalan, el primer impulso crítico de las versiones nacionalistas —evolucionistas del siglo XIX proveniría de la proliferación de las perspectivas regionales que, aunque muchas veces impregnadas de alguna suerte de vocación irredentista, servirían para revelar un panorama mucho más complejo y heterogéneo que la que ofrecían las llamadas “historias oficiales”, que destacan la presencia de proyectos alternativos a los que se terminaron imponiendo. En esa misma dirección apuntarían también los estudios que buscaban explorar las bases sociales de la insurgencia. En última instancia, aun cuando no era éste su objetivo, ambas tendencias contribuirían a minar la idea de la independencia como un destino ineluctable. Y eso se asocia estrechamente, a su vez, con la emergencia de las teorías dependentistas.

Éstas, en efecto, cuestionarían el carácter autogenerado del proceso revolucionario, y señalarían la imposibilidad de explicarlo exclusivamente a partir de un análisis de las fuerzas en juego en los marcos locales. Este señalamiento, sin embargo, rara vez llevaría a extraer lo que era su conclusión lógica: la necesidad de situar dicho fenómeno en un escenario más amplio, limitándose, en cambio, a servir de base para la crítica de la actuación de sus élites dirigentes (lo que, de todos modos, contribuirá al menos a desacralizar algunas de las figuras tenidas hasta entonces como fundacionales de

la nacionalidad). Sin embargo, llegado a este punto, las interpretaciones se bifurcan.

Una corriente minimizaría el carácter revolucionario del proceso de ruptura con las metrópolis (España y Portugal), destacando, en cambio, la continuidad, tras la independencia, de las estructuras sociales y económicas heredadas de la colonia. Algunas interpretaciones inscriptas en esta corriente, aferradas a su visión de las sociedades locales como ceñidas a patrones culturales tradicionalistas, pondrán en duda también el carácter liberal —ilustrado de sus marcos ideológicos. En algunos casos, que no se limitan a estudios de inspiración marxista, sino que comprende una amplia gama de interpretaciones “culturalistas”, se destacaría, quizás paradójicamente, algo que hasta entonces había sido uno de los tópicos centrales de la historiografía conservadora prohispanista: la persistencia de las visiones jerárquicas estamentales de lo social más propias de las doctrinas pactistas neoescolásticas que del ideal ilustrado moderno.

Otra vertiente insistirá en el carácter moderno y revolucionario del proceso abierto por la crisis de los imperios coloniales ibéricos. En algunas versiones, esto se ligaría a la vocación de una franja del pensamiento de izquierda de apropiarse del legado y la simbología patriótica. Sea como fuere, las visiones de época convergerían naturalmente hacia el tópico de la “revolución inconclusa”. La intervención criolla, que pronto asumiría el control de dicho proceso, desplazando a las otras fuerzas sociales que, según se afirma, lo habían puesto en movimiento, lograría diluir su potencial democrático y revolucionario, el que permanecería, de todas formas, como una promesa incumplida en espera de su redención futura.

Más allá de esta tendencia común que busca oponer a la visión épica de la independencia otra hecha más de persistencias que de cambios, resultan interesantes las inflexiones locales que ella sufre. La serie de textos reunidos en el libro que se reseña nos muestra claramente esto. En algunos casos, tales inflexiones pueden interpretarse como sintomáticas de ciertas peculiaridades nacionales, o al menos de la forma particular que adoptaron en cada caso las luchas que culminarían con la independencia (otros, en cambio, parecen revelar, más bien, diferencias de enfoques que abarcan distintos países y regiones).

El estudio de Gabriel Di Meglio sobre el caso argentino, aunque limitado a la literatura sobre la guerra revolucionaria, resulta significativo al respecto. Por un lado, Di Meglio señala la persistencia y consistencia de las interpretaciones nacionalistas convencionales fijadas en la segunda mitad del siglo XIX, y que impregnaron incluso las visiones de sus críticos, tanto de derecha como de izquierda. Esto podría explicarse, en parte, por el carácter súbito y drástico de la crisis del vínculo con España en el Río de la Plata, que precedió incluso a la vacancia real producida por las abdicaciones de Bayona (ya las invasiones inglesas habían trastocado allí radicalmente las relaciones locales de poder en favor del sector criollo). No menos significativo, sin embargo, es también el súbito dislocamiento de estas interpretaciones tradicionales producido, fundamentalmente, por la obra de un autor: Tulio Halperin Donghi.

La aparición en 1972 de *Revolución y guerra*, de dicho autor, colocará a la historiografía argentina sobre el periodo independentista en un terreno ya completamente distinto, que es el que, luego de la restauración democrática en 1983, se

convertirá en la base sobre la que se fundará el fenómeno de profesionalización de los estudios históricos producidos en ese país. En su obra, Halperin Donghi destacará la profunda recomposición de las relaciones políticas, sociales y económicas que la ruptura del vínculo colonial y la larga serie de guerras externas e internas que le siguió trajeron aparejada. Como muestra, circuitos comerciales, estructuras productivas, relaciones tradicionales de subordinación social, instituciones religiosas y seculares, sistemas administrativos, formas establecidas de legitimación del ejercicio del poder, nada de eso se mantendría inalterado, lo que haría sumamente complicado rearticular formas viables de funcionamiento estable en el marco de una realidad en que ninguno de los pilares sobre los que se sostenía el antiguo orden ofrecía ya algún punto de apoyo más o menos sólido. Su estudio, en fin, no sólo representaría una ruptura drástica con la tradición historiográfica precedente, sino que además parecería ir a contramano de las tendencias generales antes señaladas: en su interpretación, los problemas que enfrentaría el nuevo Estado para su afirmación obedecerían menos a los obstáculos interpuestos por la obstinada persistencia del legado colonial que a todo aquello de él que se había quebrado definitivamente con el vínculo con la metrópoli.

Otro conjunto de países muestra también algunas tendencias atípicas, en parte asociadas con el tipo de cuestiones particulares que el tema allí plantea. Se trata de aquellos que, como Ecuador, Bolivia, Paraguay y Uruguay, se articularon en regiones periféricas, es decir, cuyos centros de poder no coincidirán con las antiguas capitales virreinales, y, en algunos casos, su territorio ni siquiera corresponderá a ninguna de las unidades administrativas preexistentes. Uruguay es un buen ejemplo.

Como señala en el capítulo siguiente Julio Sánchez Gómez, dicho país nace sin partidos sin tradiciones y sin fronteras definidas. En este contexto, los intentos revisionistas, cuyo punto de partida fundamental lo ubica en la obra de Carlos Real de Azúa, *El patriariado uruguayo*, de 1961, resultaban sumamente problemáticos, puesto que tendían rápidamente a desnudar aquello que, en última instancia, ninguna comunidad que pretenda funcionar como tal puede aceptar: la precariedad e incluso arbitrariedad de sus fundamentos. Como mostraría toda una serie de estudios inscritos en la estela dejada por Real de Azúa, contrariamente a lo que la historiografía tradicional había sostenido a lo largo de un siglo, la fundación del nuevo estado no obedeció a ningún plan, ni respondió a ninguna demanda local autonómica precedente. Lo cierto, de todos modos, es que, más allá de lo traumático de este descubrimiento, los relatos nacionalistas tradicionales no podrían sostenerse ante los avances de cierta exigencia mínima de rigor histórico: la construcción de lo que no era más que un vago orgullo localista antiporteño (la tan mentada “lucha de puertos”) como un germen de nacionalidad se trataba de una operación ideológica demasiado arbitraria, que obligaba a omitir cantidad de hechos, y aun ignorar zonas y periodos enteros de la historia local (como el Montevideo realista o la larga ocupación portuguesa-brasileña). El solo intento de volver estas zonas y periodos objeto de análisis histórico habría de desestabilizar tales relatos enfocados hasta entonces, por necesidad, exclusivamente en la “epopeya artiguista”.

Un punto central que surge ya claramente en los años sesenta (y que Carlos Demasi retoma en un estudio reciente sobre el áspero debate producido durante el Centenario respecto de la fecha que debía ser objeto de celebración patria:

1825, en que se produjo la insurrección contra Brasil, o 1830, cuando se sancionó la constitución instaurando el nuevo Estado) es que la independencia de Uruguay no se produjo respecto de España, sino de Brasil. Y esto unifica a los cuatro países incluidos en este grupo: todos ellos surgen en lucha contra, o a partir de luchas entre distintos centros de poder local (lo que las volvería mucho más complicadas de describir como luchas de “liberación nacional”).

Según señala Nidia Areces, los esfuerzos revisionistas en Paraguay girarán, fundamentalmente, en torno de la dictadura de Francia. Dos puntos serían objeto de debate: las condiciones de su emergencia y su papel de acuerdo con ciertos esquemas referidos a la dinámica de clases que habría dado lugar a la secesión de esta fracción del virreinato. Otros estudios (especialmente los de autores extranjeros, como los reunidos por Jerry Cooney y Thomas Whigam) adicionarían al análisis una dimensión cultural, señalando la persistencia de patrones tradicionalistas que identifican a la cultura de dicho país según el modelo de las sociedades de tipo patrimonialista (y explicaría, en última instancia, el arcaísmo perceptible de sus instituciones políticas y su sistema de gobierno).

Para los países andinos, Heraclio Bonilla sienta en los años setenta los tópicos fundamentales de la historiografía de izquierda, que como señala Juan Marchena Fernández, quien tiene a su cargo el capítulo dedicado a Ecuador y Bolivia, serían luego retomados por la *Nueva historia del Ecuador*, iniciada en 1988, y cuyo volumen 6 se ocupa centralmente del periodo que analizamos. Frente al relato establecido, centrado en la “guerra magna” entre héroes, las primeras versiones revisionistas ecuatorianas señalarían ya el doble

carácter que tuvo allí la lucha por la independencia (nacional y civil al mismo tiempo), abriendo la perspectiva a un cuadro más complejo de la misma a la que la incorporación, a su vez, de puntos de vista regionales en disputa contra la hegemonía quiteña agregaría luego complicaciones adicionales. Algo similar ocurrirá con la historiografía sobre la independencia de Bolivia, aunque, en este caso, la derrota en la guerra del Pacífico teñiría a la historia tradicional de ese país de un tono pesimista (cuyo símbolo es *Pueblo enfermo* de Alcides Arguedas) que impregnaría igualmente a los estudios revisionistas. Las continuidades entre nacionalistas y revisionistas serían así más notorias que sus divergencias. Pero eso menos por la timidez de la crítica revisionista que por la presencia ya muy temprana de cierta conciencia clara (explicable, en parte, por este doble carácter que asumió la revolución de independencia) de las limitaciones de las bases de sustentación local de la insurgencia y la centralidad que en dicho desenlace le cupo al fenómeno más general de crisis de conjunto del imperio colonial.

Si bien Chile comparte algunas de las características de los cuatro países mencionados (también se erige como nación a partir de una ciudad que no era una capital virreinal), su historiografía seguiría senderos que la distinguen de las de aquéllos. Esto se relaciona con la fuerte tradición historiográfica heredada del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, tanto en sus versiones liberales como conservadoras, que afirmará la idea de la existencia en ese país de una conciencia temprana de la identidad nacional, perceptible incluso ya antes de su independencia. A mediados de la década de 1960, Gonzalo Vial ofrece un balance historiográfico en el que señala esta tendencia común chilena, mucho más marcada

que en los demás países andinos, a dar preeminencia a los factores endógenos (el afán de autodeterminación nacional) por sobre los exógenos. Según afirma el autor del capítulo correspondiente, Alejandro San Francisco, la llegada del revisionismo permitirá la ampliación de las temáticas de estudio, pero no ofrecerá interpretaciones alternativas de conjunto del proceso independentista, sino sólo muy recientemente y aún entonces de alcances más bien limitados.

Como muestra Carlos Contreras, también Perú presenta, en este contexto general de comunes tendencias historiográficas, algunas peculiaridades llamativas. Esto se relaciona con el hecho de que la visión estándar de la historia independiente temprana de ese país se fijaría durante el Sesquicentenario, al abrigo del gobierno militar de “izquierda” de Velasco Alvarado. La idea de una “revolución inconclusa” se convertiría así en la versión “oficial” de la independencia. Es en este marco que Bonilla elaboró su perspectiva respecto de la imposibilidad estructural de las clases dirigentes locales de ponerse a la cabeza del movimiento emancipador, lo que explica que la independencia debiera imponerse a Perú desde fuera (por la llegada de los ejércitos “extranjeros”). Esta misma tesis fue sostenida también por algunos estudios provenientes del exterior, como los de Karen Spalding. Otros, en cambio, como los de Scarlett O'Phelan, cuestionarán lo que llama “el mito de la independencia concedida”, mostrando que los movimientos independentistas sí existieron y fueron incluso, muy poderosos, sólo que, debido a la presencia en la capital de un virrey ultrarreaccionario, como Abascal, debieron replegarse al interior del país. En todo caso, tras ambas posturas subyace una visión común respecto de que las profundas divisiones sociales de la sociedad peruana, y,

en particular, la actitud pro-realista de la aristocracia limeña, conspiraron contra la posibilidad de articular un proyecto revolucionario coherente.

La historiografía revisionista brasileña cobra forma a partir de una serie de críticas de las que será objeto el libro *Formação do Brasil contemporâneo* (1942), de Caio Prado Jr., y que apuntarán contra el llamado “mito de los orígenes” de la nacionalidad brasileña. Aun así, como señala João Paulo Pimenta, autor del capítulo correspondiente, se mantendrá allí cierto consenso respecto de la imposibilidad de reducir la independencia a un hecho puntual, puesto que se trataría de un proceso de más largo plazo que debe remontarse, por lo menos, al traslado de la Corte portuguesa a Rio. Y también respecto de que la continuidad de la legitimidad monárquica (y el consecuente carácter menos traumático que asumió allí la ruptura del vínculo colonial) habría sido decisivo para preservar, en lo esencial, las características de la sociedad colonial (y, en particular, sus dos instituciones nucleares: la monarquía y la esclavitud).

Sin embargo, en este marco ya desde comienzos del siglo xx algunos autores de izquierda empezaron a poner en duda esta interpretación que, según afirmaban, tendía a diluir el acontecimiento revolucionario, perdiendo así de vista su naturaleza profunda, despojándolo, en fin, de su carácter como tal. Sobre todo la historiografía de izquierda iniciará allí una tendencia —que sólo recientemente se afirmaría— a destacar cómo las continuidades institucionales esconden, en realidad, profundas rupturas respecto del antiguo régimen. “Este aparente truísmo”, afirma Pimenta, “en verdad se muestra como una construcción importante ante la fuerte tradición de considerarla [a la independencia] exclusivamente como

un movimiento conservador, sin grandes implicancias en términos de inauguración de un nuevo estado de cosas” (p. 147). Quizás de manera paradójica, inversamente a lo que ocurre en la América española, el revisionismo histórico quedaría asociado en Brasil a la empresa que busca minar la imagen de estabilidad transhistórica arraigada en la historiografía local.

En su análisis de los estudios sobre la independencia de Venezuela, Inés Quintero descubre ya motivos revisionistas en la obra de uno de los epítomes del positivismo venezolano, muy denostado por su apoyo explícito a la dictadura gomecista, Laureano Valenilla Lanz. Éste, muestra Quintero, había señalado ya algo que luego retomará la historiografía de izquierda de ese país: que la independencia no podría considerarse como una revolución, puesto que no había producido una alteración de las estructuras económica y social. Las primeras versiones revisionistas, cuyo texto más importante es *El culto a Bolívar* (1969), de Germán Carrera Damas, sin embargo, habrá de concentrar su crítica en tratar de desmontar el mito bolivariano (como afirma Quintero, “la primera fase del proceso de relectura de la independencia comienza con la cabeza”) (p. 223), crítica que terminará poniendo sobre el tapete los fundamentos ideológicos mismos de la independencia y su supuesta raíz liberal-ilustrada.

Centroamérica resulta también un caso interesante, ya que se trata, otra vez, de una zona periférica del imperio colonial, pero que se verá envuelta en un proceso de ruptura que tuvo una dinámica muy distinta a la de la América española meridional (y relativamente independiente de ella). También allí la consecución de la independencia será el resultado de una lucha entre centros de poder local (haciendo manifiesta

la pluralidad de líneas de fisura que desgarrarían entonces el espacio político americano), pero que se producirá, esta vez, dentro de un proceso revolucionario paradójico, desatado como reacción a la restauración en España de la constitución liberal gaditana. Todas estas tensiones no dejarán de expresarse, en fin, en los intentos por construir una narrativa nacional realizada a fines del siglo XIX y comienzos del XX por los autores positivistas, tensiones que luego sus críticos se encargarán de poner de manifiesto.

En su capítulo dedicado a Guatemala y El Salvador, Xiomara Avendaño Rojas se concentra en dos obras revisionistas, a las que busca contrastar: *Apreciación sociológica de la independencia*, del salvadoreño Alejandro Dagoberto Marroquín, editada en 1964, y *Centroamérica, de la colonia al estado nacional, 1800-1840*, de Julio César Pinto Soria, publicada 22 años después. Sin embargo, partiendo de un análisis enfocado en la dinámica de clase del proceso revolucionario, ambos extraen, sin embargo, conclusiones muy distintas. Los dos coinciden en el carácter contradictorio que asumió el proceso revolucionario en la región y lo endeble de las fuerzas insurgentes, las que se concentraban en el área salvadoreña, y estaban motivadas más por un resentimiento secular por su posición subordinada en la estructura de poder local (su dependencia de la capital guatemalteca), que por su situación colonial. Sin embargo, mientras que Marroquín destaca el papel positivo de las luchas, dado que permitirán el surgimiento del Estado salvadoreño, para Pinto Soria, en cambio, el carácter prematuro de la ruptura (sin un desarrollo previo de cierta conciencia nacional) impediría articular entidades colectivas cohesionadas, manteniéndose así los patrones sociales diferenciales heredados de la colonia.

El último de los capítulos, confeccionado por Virginia Guedea y Alfredo Ávila, es un repaso minucioso y sistemático de las distintas etapas por las que atravesó la historiografía sobre la independencia mexicana. El mismo ofrece así una visión de conjunto de la que, como surge claramente del capítulo en cuestión, y por razones de distinta índole cuyo análisis escapa al presente estudio, constituye, sin duda, la más rica y variada literatura histórica del subcontinente (y, de hecho, servirá como una suerte de *leading case* para el resto). Como muestran Guedea y Ávila, los orígenes de la empresa revisionista habría que rastrearlos en la década de 1950, en una serie de estudios notables, tanto de autores locales como extranjeros. Un ejemplo es *La revolución de la independencia* (1953), de Luis Villoro, que, más allá de su contenido claramente nacionalista, pondrá ya en circulación algunos motivos fundamentales sobre los que se asienta hoy la historiografía acerca del periodo (como la importancia de los debates ideológicos producidos en México en 1808). Otro ejemplo particularmente ilustrativo al respecto, por la actualidad que cobrará en los últimos años, es el de Nettie Lee Benson, de 1955, sobre el impacto local de la Constitución gaditana, y en particular, la rearticulación de los sistemas de poder locales a que dio lugar la instauración de las diputaciones provinciales.

Finalmente, en las dos décadas siguientes aparecerán todos aquellos temas sobre los cuales transita hoy la historiografía acerca de la independencia. Autores como Juan A. Ortega y Medina, Ernesto de la Torre y Gabriel Méndez Plancarte destacaron las raíces cristianas del pensamiento de los insurgentes, mientras que Javier Ocampo señaló la pluralidad ideológica existente hacia 1821. Estudios regionales desta-

caron la participación de distintos sectores sociales, más allá de los círculos estrechos de la élite letrada, muestran también la diversidad de situaciones locales. Finalmente, otros autores, como Thimoty Anna y Brian Hammett comenzaron a enfocarse sistemáticamente sobre el poder realista a partir de análisis comparativos entre distintos países. En síntesis, esta primera etapa de la historiografía revisionista deja como resultado un enriquecimiento fundamental de nuestras perspectivas de la revolución de independencia, al punto de que muchos estudios recientes resultan deudores de los mismos en una medida que no siempre sus autores estarán en condiciones de aceptar por completo. Y eso, como veremos, se aplica tanto a sus contribuciones como también a algunas de sus limitaciones inherentes.

Las reorientaciones recientes

El fenómeno más notable ocurrido a partir de la década de 1980 es la creciente profesionalización del medio historiográfico local, que, unida a la fuerte expansión de los estudios latinoamericanistas en Estados Unidos y Europa, dará como resultado un desarrollo importante de los estudios sobre el tema. Esto se expresa no sólo en una exploración más sistemática de los repositorios documentales, sino también y fundamentalmente, en la diversificación de las temáticas y los objetos de estudio. Sin embargo, por detrás de esta variedad, se pueden nuevamente detectar algunas tendencias comunes. De hecho, el mismo proceso de profesionalización que diversifica los objetos, tiende a unificar las perspectivas y enfoques usados en los distintos países, volviendo ya, en este plano, menos significativas las peculiaridades nacionales.

En la introducción a este libro, Chust y Serrano resumen estas nuevas orientaciones, así como sus diferencias respecto de la anterior oleada revisionista, en términos de un “regreso del actor”. El énfasis se habría desplazado ahora de las estructuras a los agentes sociales. Y es esta vocación común por rescatar la agencialidad subjetiva de los procesos históricos la que expresaría en una nueva y variada gama de estrategias de aproximación el proceso de descomposición del orden colonial. Quizás en donde mejor se expresa este desplazamiento más general del foco de interés de los historiadores es la nueva centralidad que adquirió la historia política. El tránsito de súbditos a ciudadanos, más allá de las contradicciones y obstáculos que enfrentará, habrá de redefinir los sistemas de relaciones de poder y los modos en que éste se va a articular con los distintos componentes sociales, y también las formas en que estos últimos, a su vez, iban a reaccionar ante aquél y vincularse entre sí. Este renovado interés por la historia política se expresa, con más claridad, aunque no exclusivamente, en la gran cantidad de estudios recientes dedicados a analizar de manera sistemática, los procesos electorales y otras formas de participación colectiva asociadas con el desarrollo de nuevos espacios de sociabilidad política. Según surge de los estudios contenidos en el libro que se reseña, si bien esta tendencia se da por igual en todos los países de la región, se observaría más claramente en algunos.

Argentina es un ejemplo. Una serie de importantes trabajos recientes de Hilda Sabato, Natalio Botana, Marcela Ternavasio y José Carlos Chiaramonte, entre otros, servirán incluso, de modelo al respecto para estudios realizados en otros países de la región. También en Uruguay la obra de autores como J. P. Barrán, Gerardo Caetano, José Rilla y

Ana Frega habría de orientar los estudios de ese país en esta misma dirección. En Chile la misma se verá afectada por el sello particular que le imprimen dos provocativos estudios, muy debatidos allí. Uno es el de Gabriel Salazar, quien en *Construcción del Estado en Chile (1800-1837)*, de 2005, ensaya una encendida defensa del periodo anterior a 1830 y, en particular, de la administración de Freire. El otro es el de Alfredo Jocelyn Holt, *La independencia de Chile. Tradición, modernidad y mito*, el cual, a contramano de las nuevas tendencias historiográficas, y no sin una vocación provocativa, enfatizará el papel de la élite como el actor político decisivo del proceso independentista.

En Brasil, la obra seminal de Fernando Novais, *Portugal e Brasil na crise do Antigo Sistema Colonial (1777-1808)*, aparecida en 1979, y que estudia el surgimiento, como resultado de la crisis del imperio portugués, de nuevos ámbitos públicos de discusión política, enderezaría ya tempranamente hacia este cauce los estudios sobre historia política de ese país, que pronto profundizarían otros autores como José Murilo de Carvalho e Ilmar Rohloff de Mattos, por citar sólo dos que han formado allí toda una escuela de historiadores. En Colombia, como muestra Armando Martínez Garnica en el capítulo correspondiente, los estudios en este campo se imbricarán con aquellos relativos a otro de los más transitados también recientemente: los procesos políticos en los ámbitos local y regional y las estructuras de poder que allí se desarrollaron. Especial énfasis se pondrá en cómo la guerra afectaría diferencialmente a cada una de las regiones de la Nueva Granada, tanto localmente como en lo que hace a sus articulaciones recíprocas. El panorama de conjunto que surge de estos nuevos enfoques pondría, en fin, en tela

de juicio el difundido mote de “Patria Boba” bajo el cual se agrupó a los primeros ensayos autonómicos producidos allí.

No será sorprendente descubrir que es en México no sólo donde esta nueva historia política encuentra un desarrollo más claro, sino también, y justamente por eso, donde la nitidez de las clasificaciones temáticas se complica volviéndose borrosa. En efecto, en trabajos, en principio tan diversos entre sí, como los de Virginia Guedea, Peter Guardino, Eric Van Young, Guy Thomson o José Antonio Serrano, por citar sólo unos pocos, la historia política se imbricará con la regional, la social y la cultural. Éstos no se limitarán a mostrar las diversidades regionales y la pluralidad de líneas de antagonismo que desgarraban a la sociedad mexicana, y que se expresarán en la coexistencia de proyectos políticos en conflicto, sino también cómo, en medio de este complejo entramado de situaciones particulares, se expandieron nuevas prácticas políticas de las cuales participarán actores y segmentos sociales sumamente heterogéneos, tanto en lo que hace a sus condiciones materiales de existencia como a sus modos de relacionarse simbólicamente con ellas (en particular, reveladores al respecto resultan los estudios dedicados a analizar las formas de reclutamiento y movilización militar, así como las cambiantes adhesiones políticas de los pueblos y comunidades).

Esta imbricación entre historias política, social, regional y cultural que se observa más claramente en el caso de México, pero no únicamente allí, no sólo ha abierto el campo de estudio a la acción de los distintos actores sociales, incluidos los así llamados “subalternos”. Un ámbito particularmente productivo ha sido la ampliación de las perspectivas para comprender terrenos hasta entonces prácticamente ignorados por la historiografía. El caso más notable es el del bando realista,

así como el de las áreas y regiones que se mantuvieron fieles a la corona. Hoy tenemos una idea más clara de la complejidad oculta tras las fuerzas contrainsurgentes y también de hasta qué punto el intento por preservar intacto el orden tradicional llevaría a sus defensores a alterar profundamente los sistemas de relaciones sociales, políticas y económicas en que se fundaba dicho orden.

Sin embargo, el hecho más decisivo en este proceso de renovación historiográfica es la aparición de estudios que buscan abordar la disolución de los imperios coloniales ibéricos desde una perspectiva global (dentro de los cuales se inscriben los esfuerzos realizados por historiadores españoles, como José María Portillo Valdés y Manuel Chust, por comprender el vínculo entre el primer liberalismo hispano y las revoluciones de independencia latinoamericanas). Las figuras fundamentales al respecto son Antonio Annino, Jaime Rodríguez y François-Xavier Guerra (alrededor de quien se ha formado, a su vez, un grupo importante de historiadores que, como Joëlle Chassin, Annick Lempérière y Pilar González Bernaldo, entre otros, se abocarán a aplicar su perspectiva analítica a los distintos países de la región). El resultado será una visión original de la crisis de independencia, como el resultado de un proceso revolucionario que abarcó al imperio español en su conjunto, y tendría su epicentro, precisamente, en la Península (perspectiva que había sido bloqueada por la visión tradicional fundada en la antinomia entre despotismo hispano y liberalismo americano).

En efecto, si bien autores como Halperin Donghi o John Lynch habían ya señalado la importancia crucial que había tenido la crisis del orden monárquico como desencadenante del proceso independentista, el énfasis actual se ha despla-

zado de 1808 hacia la serie de fenómenos que se sucedieron inmediatamente en España, como el proceso de convocatoria a elecciones de diputados para las Cortes y la sanción posterior de la constitución liberal gaditana, los cuales (salvo en el Río de la Plata, que había ya avanzado en su proceso de ruptura con la corona) van a afectar directamente en la América española, al generar allí también realidades hasta entonces inéditas. Esta nueva perspectiva se vincula, a su vez, con un desplazamiento de orden teórico-metodológico.

Como señalan Ávila y Guedea, la misma se asocia estrechamente con el nuevo énfasis puesto en el análisis de la dimensión conceptual de los procesos históricos; más precisamente, cómo se alteraría entonces el sentido de aquellos conceptos políticos fundamentales (como representación, soberanía, opinión pública, etc.). En fin, el surgimiento de referencias conceptuales modernas explicaría por qué, a diferencia de lo que ocurrió en otras ocasiones, como en la guerra de sucesión, la vacancia del poder no sólo haría esta vez entrar en crisis al orden institucional monárquico, sino que pondría en cuestión a la monarquía como tal (esto es, permitirá ahora imaginar la posible conformación de una comunidad política desprendida de lo que hasta entonces constituía su núcleo y centro generador: la autoridad real). Y, a su vez, esto se encontraría relacionado con cambios ocurridos en los ámbitos materiales para la articulación y circulación de ideas que darán lugar a la emergencia de un fenómeno inédito, a saber: la formación de una incipiente “opinión pública”. En definitiva, estos nuevos ámbitos de sociabilidad proveerán el modelo para poder concebir la idea de una sociedad organizada sólo a partir de vínculos voluntariamente asumidos.

Sin embargo, en este punto aparece cierta ambigüedad en la actual literatura sobre el tema. Más que cambiar la fuente de las “influencias”, al trasladar su centro de Francia a España, como algunos autores tienden a interpretar (lo que es, en realidad, discutible y, en última instancia, irrelevante), las nuevas perspectivas tienden, en realidad, a poner en cuestión todo el viejo esquema de las “influencias” (como señala Guerra, la convergencia con Francia en el nivel de las ideas se explicaría menos por la lectura de libros importados que por la misma dinámica política desatada por la crisis monárquica, y que llama “modernidad de ruptura”), el cual se encuentra fundado, en última instancia, en una antinomia falsa entre “ideas” y “realidades” (como si existieran, por un lado, realidades empíricas crudas, independientes de las tramas simbólicas en función de las cuales se despliegan los diversos órdenes de prácticas —como la política, la economía, etcétera—, y por otro lado, ideas puras, autónomamente generadas, y que sólo de manera subsecuente vendrían a “aplicarse” a realidades históricas concretas). Sin embargo, por detrás de esta inconsistencia interpretativa que lleva a perder de vista el núcleo de los desplazamientos más generales, de orden teórico-metodológico, ocurridos en el campo de la historia político-conceptual, asoma otra ambigüedad fundamental, y que refiere a aquella cuestión central que vuelve hoy a replantearse en torno de las revoluciones de independencia: la relativa a las continuidades y rupturas observables tras la independencia. Es también aquí, en fin, que se nos revelan con más claridad las limitaciones y problemas que enfrentan hoy los estudios historiográficos en el área.

BALANCE Y PERSPECTIVAS

Los textos incluidos en el volumen editado por Chust y Serrano terminan generalmente con un balance de la situación actual y trazan algunas sugerencias respecto de las líneas que debería seguir de aquí en más la investigación histórica sobre el tema. Básicamente, los mismos coinciden en señalar la necesidad de profundizar en algunos de los campos de estudio ya señalados, pero que hasta el momento se encontrarían poco explorados (como la actuación de los llamados sectores “subalternos”). En cambio, las reflexiones sobre lo que Pimenta llama “presupuestos de análisis” que yacen por debajo de estos avances o eventuales déficits resultan exiguas. Podría decirse que esta escasa disposición a la reflexión es su rasgo más característico y señala un déficit aún más fundamental que la falta de profundización en algunos campos particulares. Se extraña, sobre todo, una evaluación de hasta qué punto la profesionalización de la historiografía se expresó en una auténtica renovación de nuestras perspectivas sobre la independencia o por el contrario, se limitó a profundizar tendencias iniciadas por la anterior oleada revisionista surgida en los años sesenta.

Según lo expuesto hasta aquí, el punto no resulta en absoluto sencillo de resolver. Como vimos, el desbaratamiento de las perspectivas épicas nacionalistas, que define a las corrientes “revisionistas”, incluidas las más recientes, no es una empresa original ni señala una novedad radical respecto de lo que distintos autores venían haciendo desde hace, al menos, medio siglo. Las dificultades para comprender en qué sentido estas últimas se distanciaron de las corrientes revisionistas que las precedieron se revelan más claramente

en los debates actuales en torno de la cuestión de si las revoluciones de independencia marcaron, o no, una ruptura respecto del antiguo régimen.

En efecto, en este punto, los nuevos estudios aparecen, en principio, menos innovadores que lo que muchos de sus autores estarían dispuestos a admitir: como vimos, la visión, hoy dominante, que, en oposición a las narrativas épicas, enfatiza las continuidades, en cuanto a patrones sociales y económicos, luego de la independencia, la que se reduciría así a un fenómeno de orden estrictamente político, no haría más que retomar lo que fue uno de los tópicos centrales del primer revisionismo. Y lo mismo cabe decir respecto del carácter “moderno” (contingente) de las nacionalidades americanas: la idea de que en la América Latina el Estado precedió a la nación era ya un lugar común en la literatura sobre el tema desde mucho antes de que los trabajos recientes vinieran a corroborarlo. Sin embargo, llegado a este punto aparece cierta inconsistencia en ellos; en realidad, este consenso general oculta divergencias fundamentales, las cuales raramente se hacen explícitas (lo que resulta ya sintomático). Y esto se expresa incluso en el libro aquí reseñado. De hecho, distintos estudios de los reunidos en él remiten a los mismos autores para extraer, sin embargo, conclusiones opuestas entre sí.

El capítulo dedicado al caso brasileño es un buen ejemplo. Como vimos, en él su autor señala una continuidad fundamental entre los estudios revisionistas recientes y aquellos de inspiración marxista que los precedieron. Lo sugestivo es que encuentre esa continuidad en su vocación común por destacar cómo, más allá de la persistencia de instituciones tradicionales (que en Brasil es más que evidente), la rup-

tura del vínculo colonial representó, de todos modos, un quiebre histórico irreversible respecto del antiguo régimen. Indudablemente, tales peculiaridades del proceso independentista en ese país ayudan a comprender esta aparente paradoja. Contrario a lo que ocurre en la América española, la idea de renovación historiográfica se asociaría allí con la empresa de tratar de socavar la imagen de estabilidad con que se interpretara tradicionalmente el proceso independentista brasileño. No obstante, las particularidades nacionales brasileñas no alcanzan a explicarlas completamente.² De hecho, autores de otros países extraen de estos nuevos enfoques conclusiones análogas a las suyas (y claramente opuestas a las de los iniciadores de dichos enfoques).

Más bien, parece que las interpretaciones al respecto oscilan con los puntos de referencia que en cada caso se tome. El problema de las continuidades y ruptura en la historia se doblará así en la cuestión de las continuidades y rupturas en la misma historiografía. En el momento de tratar de delimitar las perspectivas propias respecto de la vieja historiografía revisionista de inspiración marxista, la postura variará según se elija como blanco aquella versión suya que insistía en el

² En última instancia, en la visión de Pimenta lo que está en juego son cuestiones de índole ideológica que no se refieren estrictamente a Brasil. El énfasis en las continuidades tendría, para él, claras connotaciones conservadoras. "La Independencia", dice, "suele ser vista como un acontecimiento de poca importancia, que no conlleva transformaciones de relevancia, por lo que no merece mayor atención de las personas en general [y ello] reitera la idea tradicional de que el cambio histórico no es posible, que la historia siempre es conducida por intereses bien articulados de grupos dirigentes en defensa de sus intereses, en suma, que el hombre no es agente de su propia historia" (p. 157).

carácter “meramente político” de la revolución de independencia o, por el contrario, aquella otra que prefería destacar su carácter como tal. Así, lo que algunos señalarán como una continuación de hipótesis ya conocidas (la persistencia de patrones coloniales) a otros les parecerá, en cambio, como una innovación historiográfica fundamental (y viceversa). En definitiva, las nuevas interpretaciones terminarían heredando de la tradición revisionista previa, no sólo una serie de motivos en común que las transitan, sino también cierta inconsistencia inherente al sentido de su empresa crítica de las visiones nacionalistas estándar.

Esta inconsistencia esconde, a su vez, un problema metodológico mayor, que refiere al planteo mismo. Como señala Martínez Garnica en su estudio sobre la independencia en la Nueva Granada, “la disyuntiva ruptura-continuidad tiene hoy escaso alcance heurístico” (p. 215). En la América Latina de comienzos del siglo XIX, al igual que en las demás experiencias históricas de profundas alteraciones políticas como la que nos ocupa, las continuidades y los cambios necesariamente se imbrican unas con otros al punto de tornarse muchas veces indiscernibles. Un buen ejemplo de esto lo aporta la obra de uno de los compiladores del libro, José Antonio Serrano. En ella analiza cómo la preservación, tras la independencia, de las estructuras comunales tradicionales de los pueblos conduce, en realidad, a la descomposición de lo que era el rasgo característico de la sociedad del antiguo régimen: su estructura piramidal. En definitiva, lo que muestran éste y otros estudios ya mencionados es hasta qué punto las nuevas sociedades surgirán inevitablemente de rearticulaciones producidas dentro de las realidades preexistentes, cobrando, sin embargo, en su transcurso, sentidos y funciones

ya muy distintas a las tradicionales, e incluso, muchas veces sencillamente impensables hasta entonces.

En realidad, más que afirmar que la cuestión de la disyuntiva ruptura-continuidad carezca de relevancia, habría que decir que se encuentra mal planteada. Más precisamente, lo que cabría reconsiderar es el marco de presupuestos dentro de los cuales tal disyuntiva (en principio, perfectamente legítima) se encuentra hoy encastrada. Y aquí llegamos al punto más fundamental que plantea esta oleada de estudios revisionistas recientes. Lo que los mismos vienen a poner en cuestión ya no es tanto cierto tipo de narrativa que, en realidad, se encuentra desacreditada desde hace medio siglo, sino más bien aquellas premisas sobre las cuales se había desplegado la crítica de dichas narrativas. Pero es aquí también que nos reencontramos con las ambigüedades e inconsistencias.

Como vimos, la crítica revisionista de los años sesenta y setenta se propuso ya dismantelar la visiones teleológicas nacionalistas que veían la revolución de independencia como parte de un proceso evolutivo más general, la marcha épica de naciones preexistentes que buscaban recobrar sus derechos al autogobierno que les correspondía como tales. Pero a esta perspectiva teleológica le opondrían otra forma de teleologismo, distinta en sus contenidos, pero de no muy diversa naturaleza. Esto se observa más claramente en la historiografía de inspiración marxista, pero no sólo en ella. Aun cuando difieran en sus conclusiones, en su evaluación respecto de las rupturas y continuidades que se observan tras la independencia, los sostenedores de esta corriente partirán siempre de la base de cierto supuesto modelo de lo que debía haber sido la Revolución. En el caso de la historiografía marxista, la que proveerá el parámetro para medir eventualmente

sus logros y limitaciones será la revolución soviética (o, mejor dicho, cierta imagen de ella que hoy sabemos mítica, que no se correspondía con ninguna realidad efectiva). Ésta funcionará así como el “tipo ideal” de revolución en relación con el cual los demás casos históricos análogos representarán realizaciones más o menos imperfectas suyas.

Sin embargo, algo similar ocurre con las perspectivas revisionistas más recientes. El debate presente respecto de las continuidades y rupturas tiene implícita, en realidad, otra forma de teleología, que le sirve de marco. En este caso, ya no es la revolución soviética, sino la idea de una sociedad individualista moderna (o, más precisamente, cierta imagen de ella no menos mítica que la anterior, que no corresponde tampoco con ninguna realidad efectiva) la que ocupa el lugar del “tipo ideal” presupuesto, es decir, sirve de parámetro para medir hasta qué punto el proceso en cuestión se aproximaría o no al patrón prefijado. Así, más allá de sus divergencias, en ambas versiones revisionistas la pregunta sobre las continuidades y rupturas se termina subrepticamente desplazando, o encubriendo otra: ¿en qué medida el fenómeno histórico concreto satisface o no las expectativas que se han proyectado en cada caso sobre él? Vemos aquí, en fin, cómo la escasa reflexión respecto de los supuestos de análisis de que habla Pimenta resulta sintomático, y al mismo tiempo, impide a los actuales ensayos de revisión historiográfica distinguirse claramente de los que los precedieron, quebrando la matriz teleológica en que éstos se fundaban. El punto, sin embargo, es que estas interpretaciones entran hoy en colisión con sus mismos hallazgos. Tal como se encuentra formulada, la disyuntiva ruptura-continuidad no alcanza, en efecto, a dar cuenta de ellos, sino sólo al precio de una serie de

simplificaciones. Es ésta la que requiere hoy ser escrutada críticamente. En última instancia, más allá de la ampliación evidente de las temáticas y los objetos, lo que los estudios recientes vienen a poner en cuestión son aquellos enfoques fundados en “tipos ideales”, que terminan necesariamente reduciendo la contingencia, la historicidad, a meras desviaciones o realizaciones incompletas de un supuesto modelo hacia el cual todo desarrollo histórico debería converger. En definitiva, de lo que se trata hoy es de revisar el revisionismo. *Debates sobre las independencias iberoamericanas* ofrece un punto de partida para eso. Éste es así, al mismo tiempo, el cuadro más sistemático hoy disponible de la situación actual de la historiografía sobre la revolución de independencia y una invitación a la reflexión.

Elías José Palti

Universidad Nacional de Quilmes, Conicet, Grupo Prismas